

Revista de Indias, 1989, vol. XLIX, núm. 187

LOS PRIMEROS TIEMPOS DE LA «REVISTA DE INDIAS» (1939-1949)

POR

RAMON EZQUERRA ABADIA

Centro de Estudios Históricos, CSIC
Departamento de Historia de América (Madrid)

Creado en 1939 el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, dentro de su organización se fundó en 1940 el Instituto «Gonzalo Fernández de Oviedo» dedicado a la Historia de América, primordialmente para trabajar sobre la expansión española y resaltar su acción en el Nuevo Mundo. Fue nombrado su director Antonio Ballesteros, catedrático de Historia de América en la Universidad de Madrid, única cátedra de esta materia existente en España, en el doctorado de la sección de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras salvo otra de Historia de las Instituciones Políticas y Civiles de América en el doctorado de la Facultad de Derecho de la misma Universidad, que había ejercido Rafael Altamira. Parece lógico que al único catedrático de Historia de América se le confiara la dirección del nuevo instituto ya que la tendencia de los primeros tiempos fue la incorporación de los profesores universitarios al Consejo. Por otra parte, Altamira, patriarca del americanismo, por razones obvias, se hallaba fuera de España. Siguiendo la norma de aplicar nombres ilustres de la cultura española a los institutos del Consejo, el de «Fernández de Oviedo» fue propuesto por Ballesteros como el más importante de los historiadores primitivos de América, prefiriéndolo al de Las Casas por motivos comprensibles.

El Instituto era un organismo abierto, con cierto personal de plantilla, con remuneraciones más bien simbólicas, entre ellos algunos becarios, muy escasos al comienzo; pero colaboradores podían ser todos los que hubieran cultivado hasta entonces el americanismo, aunque en forma dispersa, en general. La *Revista de Indias*, voz del Instituto, apareció en 1940 y en ella publicaron y participaron dichos elementos, aunque no pertenecieran al

mismo. La revista, y en cierto modo el Instituto, tenían un antecedente en el antiguo Centro de Estudios Históricos que en 1935 había fundado una sección hispanoamericana, cuyo órgano fue la revista *Tierra Firme*, con un buen contenido en su breve existencia, pues no pasó de cuatro números, sin llegar por ello a la duración y prestigio de las grandes revistas del Centro, como la *Revista de Filología Española*, la *Revista Española de Arte y Arqueología* y el *Anuario de Historia del Derecho Español*.

Fui invitado en 1941 a incorporarme al Instituto «Fernández de Oviedo» por Cayetano Alcázar. Mi ingreso coincidió con el cambio de secretario: Ciriaco Pérez Bustamante, que lo era del Instituto de Historia «Jerónimo Zurita», permutó con Alcázar, que lo era del Fernández de Oviedo sus respectivas adscripciones. Con Ballesteros y Pérez Bustamante conviví muchos años y soy de los pocos supervivientes de aquellos años. En las páginas de la *Revista de Indias* puede observarse su amplio elenco de colaboradores, agrupados ahora en una publicación común. Allí figuraba en lugar muy destacado el ilustre historiador mexicano Carlos Pereyra, como justa reparación, pues afincado muchos años en España, habiendo desarrollado una extensa y profunda serie de publicaciones con merecido prestigio, no había podido pertenecer jamás a una entidad pública española y había vivido incorruptible de su pluma. Por desgracia su presencia en el Instituto fue breve pues una dura enfermedad lo arrebató a los dos años, en 1942, pero dejó su huella en su asidua colaboración en la revista y en su magnífica biblioteca que fue adquirida por el Instituto.

En la *Revista de Indias* se invitó a colaborar, como queda dicho, a quienes tenían interés por la historia americana. Así a Cristóbal Bermúdez Plata, director del Archivo General de Indias de Sevilla que fue nombrado vicedirector del Instituto, aunque desde luego residente en Sevilla y al buen grupo de americanistas de esta ciudad, que trabajaban en el Archivo; a José Tudela, vicedirector y verdadero director del a poco recién fundado Museo de América; al bibliógrafo y bibliófilo Antonio Graiño, especializado en Filipinas; al erudito Miguel Herrero; a Manuel Ballesteros, felizmente vivo. Y cierto número de valiosos investigadores extranjeros: el historiador peruano Raúl Porras Barrenechea, el etnólogo alemán Hermann Trimborn, el erudito italiano Ippolito Galante, el joven francés François Chevalier y el asimismo joven diplomático salvadoreño Rodolfo Barón Castro, largo tiempo miembro del Instituto, del que fue vicedirector. Había un grupo de marinos dirigido por un competente historiador de la

Marina y de los descubrimientos geográficos Julio F. Guillén, y otro de religiosos encabezados por el jesuita P. Constantino Bayle y el franciscano P. Fidel Lejarza. Estos grupos se desgajaron cordialmente del Instituto y fundaron otros nuevos: el «Histórico de la Marina» los primeros, radicado en el Museo Naval; y el «Santo Toribio de Mogrovejo» (1946) los segundos, dedicado a la historia de las misiones y que editaba la ya anterior revista *Missionalia Hispánica* (1944). Ambos institutos siguieron dentro del Consejo.

El grupo sevillano instituyó la Escuela de Estudios Hispano-americanos en 1942, que colaboró con la Universidad Hispalense; dirigida en sus primeros momentos por Ballesteros, que después se separó y siguió su propia singladura y ha publicado grandísima cantidad de obras y organizado anualmente los cursos de la Universidad de verano de La Rábida hasta 1970. También al crearse en la Universidad de Madrid la sección de Historia de América varios de los miembros del Instituto pasaron a su profesorado (1945). En 1946 se creó una sección del Instituto en Colombia. A raíz de la fundación del fracasado Consejo de la Hispanidad, que pretendía incorporar todas las entidades en relación con América, se le incluyó el Instituto «Fernández de Oviedo» (1941), que durante breve tiempo alternó su labor en el edificio del antiguo Senado donde radicaba dicho organismo. Se hizo el índice de libros de Historia de América de su magnífica biblioteca y recuerdo el entusiasmo de Pereyra al hallar en ella los numerosos tomos del norteamericano Bancroft relativos a todos los países ribereños del Pacífico desde la América Central hasta Alaska. Al poco se volvió exclusivamente a nuestra sede de Medinaceli.

Muy pronto comenzó a publicar sus obras el Instituto. Su primera publicación fue una apropiación, la *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, que había preparado en edición crítica el colaborador de *Tierra Firme* Ramón Iglesias Praga, entonces exiliado en México. Aunque ya la había dejado impresa, se omitió su nombre por las circunstancias políticas; debía acompañarle el aparato erudito que realizaría Pereyra, lo que impidió su muerte, retardándose bastantes años una nueva y diferente edición del Instituto, por el P. Carmelo Sáenz de Santamaría. Otra de las primeras obras fue la del excelente historiador del Arte Enrique Lafuente Ferrari, su tesis doctoral *El virrey Iturrigaray y la independencia de Méjico*, llevada a cabo con la competencia demostrada en las obras de su especialidad

(1941). Se proyectó la publicación de una obra de envergadura, el *Catálogo de Pasajeros a Indias* dirigida por Bermúdez Plata, en cuya primera etapa se editaron dos volúmenes y salvo otro más tarde, no tuvo la deseable continuación hasta época reciente. Otra obra de interés fue *Los primeros años de dominación española en la Luisiana*, debida a uno de los primeros becarios del Instituto Vicente Rodríguez Casado (1942). El mencionado I. Galante editó dos viejos textos quechuas, con traducción latina, debida a él mismo, y castellana. Importante publicación fue *La población de El Salvador*, obra de trascendencia en los estudios de demografía histórica, debido a Barón Castro (1942), que hizo época y para cuya edición no escatimó el Instituto esfuerzos y sacrificios. Cabe recordar *El P. José de Acosta S. I. y las misiones*, del P. León Lopetegui (1942), *La cuestión de las Malvinas* de Manuel Hidalgo y *Pedrarías Dávila* de Pablo Álvarez Rubiano (1944).

Y no es necesario mencionar el resto de las publicaciones del Instituto para no alargar esta enumeración, salvo unas más para no ser injusto, correspondientes a esta primera decena: *Relaciones diplomáticas entre España y los Estados Unidos según los documentos del Archivo Histórico Nacional*, por Miguel Gómez del Campillo; *Índice de la Colección de documentos inéditos de Indias*, por Ernesto Schäfer; *Los americanos en las Ordenes nobiliarias* por Guillermo Lohmann Villena; *Señorío y barbarie en el Valle del Cauca*, por H. Trimbom y *España y México en el siglo XIX*, por Jaime Delgado, obras todas de profunda elaboración e inestimables instrumentos algunas de ellas.

El carácter de la *Revista de Indias* en sus primeros tiempos fue de atención fundamentalmente al estudio de la llamada época colonial y algo al de las civilizaciones indígenas, extendiéndose después al de la época independiente y a otras cuestiones. Se buscó la objetividad y la imparcialidad, evitándose los aspectos políticos, aunque no dejó de estar influida por el espíritu patriótico de entonces, pero no siguió el tono anunciado en el «proemio». Excepción fue la de Pereyra que por su carácter de extranjero pudo permitirse algunos artículos polémicos, en que expresaba su aversión al imperialismo de los Estados Unidos dominante tiempo atrás. Pero procuró la revista exhibir ante todo los logros españoles, sus actuaciones culturales, incluso alguna vez en otros campos, como en la necrología dedicada al gran arabista Asín Palacios, escrita por Emilio García Gómez; y naturalmente se interesó por todo lo que podía fomentar las relaciones con His-

panoamérica, abriéndose sin limitaciones a la colaboración de los autores de Ultramar, como abierta estaba a todo americano y a los extranjeros interesados por nuestros estudios.

Gradualmente se fue dando noticia de actos americanistas, reuniones, congresos, homenajes, visitas, necrologías, exposiciones, cursos, conmemoraciones, en forma no exhaustiva pero sí lo suficiente para dar idea de las actividades referentes al americanismo y a las relaciones culturales. Se insertaron numerosas recensiones de libros, dentro de lo posible. Una sección atendida con extensión fue la del «Americanismo en las revistas», en las que se daba noticia del contenido de las revistas que llegaban a la biblioteca, no tan asiduamente ni con la continuidad deseable, dadas las difíciles circunstancias de la época. Esta sección estuvo a cargo de Manuel Ballesteros y el equipo correspondiente, en especial desde que obtuvo cátedra en Madrid y se trasladó desde Valencia. La biblioteca muy pobre en sus comienzos se enriqueció, como se dijo antes con la adquisición de la de Pereyra y creció lentamente por la escasez de medios económicos y de los donativos. Como es sabido un incendio, hace unos años, destruyó gran parte de su ya interesante contenido.

Por las páginas de la *Revista de Indias* se pueden percibir los nombres de nuevas firmas, sobre todo de becarios que iban iniciando su especialización y que con el tiempo alcanzarían renombre y puestos relevantes. Además de los nombres mencionados anteriormente vemos los de Santiago Magariños, que dio carácter patriótico a sus artículos y que, caído no mucho después en desgracia política, emigró a Venezuela; Joaquín de Entrambasaguas, Narciso Alonso Cortés, Eduardo Ibarra, el geógrafo José Gavira, que reseñó bastantes obras alemanas; el notable americanista Emiliano Jos; Armando Cotarelo; el naturalista Enrique Álvarez López, que publicó varios trabajos de su especialidad en relación con los cronistas de Indias, Salvador García Franco; los jesuitas PP. Eguía y Mateos, el P. Carro O. P. y el P. Gómez Canedo, O. M. F., Juan Manzano, Enrique Marco Dorta, J. A. Calderón Quijano, Antonio Muro Orejón, José M.^a de la Peña, habiéndose dedicado un número de la revista a la colaboración del grupo sevillano, así como otro a la de historiadores colombianos, como Carlos y José Restrepo, G. Porras Troconis, J. Jaramillo-Arango, G. Hernández de Alba, N. García Samudio y Juan Friede. Con el becario Pablo Beltrán de Heredia se extendió la atención de la revista al campo artístico y asimismo al literario: se asomaron a sus páginas los pintores Vázquez Díaz, Joaquín Vaquero,

Sert, el escultor Pérez Comendador. Gerardo Diego habló de Gabriela Mistral, de Falla, de Marquina, Manuel Machado y Vicente Huidobro. Jorge Campos escribió bastantes reseñas de obras literarias. No todos los autores citados fueron asiduos y varios colaboraron con un artículo único, pero gozaban de renombre y habían tenido algún contacto con temas americanos.

A lo largo de estos primeros años fueron apareciendo nuevos nombres: el francés Robert Ricart, el historiador alemán Richard Konetzke, el peruano P. Vargas Ugarte, los argentinos Enrique de Gandía, Ricardo Levene y Sigrido Radaelli, el chileno Jaime Eyzaguirre, los mejicanos Alberto M. Carreño, F. Gómez de Orozco y J. I. Rubio Mañé.

El P. Carmelo Sáenz de Santamaría, Dálmiro de la Válgoma, Manuel Fernández Alvarez. Jóvenes, becarios o no, alcanzarían un notable porvenir: Enguidanos, luego profesor en Puerto Rico, B. Escandell, Demetrio Ramos, F. Pérez Embid, Palacio Atard, Angel Losada, Vicenta Cortés, José Alcina, Marie Helmer, Mario Hernández Sánchez-Barba, y al avanzar la década van apareciendo las firmas de Juan Pérez de Tudela, Carlos Seco Serrano y Miguel Artola, junto con la de otros muchos que trabajaron con entusiasmo y que siento no mencionar para no alargar esta nómina.

En 1947 con motivo del cuarto centenario de la muerte de Hernán Cortés, se dedicaron dos números con artículos en torno al conquistador debidos a los miembros y amigos de Instituto y a historiadores mexicanos y recopilados en el volumen *Estudios Cortesianos*.

Recibió el Instituto la visita de muchos historiadores americanos, tales los citados como autores de artículos y el conocido norteamericano Lewis Hanke, y algunos dieron también conferencias. Organizó homenajes como a Filipinas a raíz de su independencia, con conferencias de varios de sus miembros (1946). En 1949 acometió una audaz empresa, dadas las circunstancias, la del titulado Primer Congreso Hispanoamericano de Historia, y cuyo tema era el difícil y espinoso de la Independencia. Además de los españoles se invitó a gran número de historiadores americanos —ya que desde luego se obtuvo la necesaria protección estatal— y vinieron bastantes. Se procedió en ponencias y discusiones con suma prudencia, con objetividad científica y se evitaron los riesgos de asunto tan delicado. Sirvió para estrechar relaciones con los colegas de allende el Atlántico, entre los cuales se destacó un notable grupo de mexicanos. Sus conclusiones se

adoptaron por completo acuerdo. Por el fallecimiento de Ballesteros la presidencia fue ostentada por el peruano Víctor Andrés Belaunde.

Murió don Antonio Ballesteros el 15 de julio de 1949 y con este luctuoso hecho damos por terminada esta breve reseña del Instituto «Gonzalo Fernández de Oviedo» y de la *Revista de Indias* en su primera decena. El Instituto le dedicó varios números de la revista, condensados en tres volúmenes con gran cantidad de colaboraciones, tanto de personas del Instituto como de autores españoles y extranjeros y sólo mencionaremos los nombres de Menéndez Pidal, Gregorio Marañón y Fernández Almagro. Poco antes de morir dejó Ballesteros como herencia científica la elaboración del que fue llamado *Diplomatario Colombino*, ante el próximo centenario del nacimiento de Colón y del de Isabel La Católica. Su objetivo es el de editar, previo estudio y selección, una recopilación completa de los documentos relativos al Descubridor y a su entorno con exactitud científica, y que viniera a representar lo que fue la *Raccolta Colombina* cuando el cuarto centenario del Descubrimiento, complementándola. Un equipo del Instituto trabajó bastantes años con fervor, pero ciertas circunstancias han impedido que su labor haya visto la luz.